ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EPÍLOGOS DEL MES

Los miedos. El cielo y la tierra se han conmovido de pronto, y un estremecimiento de miedo, el mismo calofrío, han sentido por igual y con la misma intensidad los rústicos moradores de los campos y los cultos moradores de las urbes.

Hace poco, los más fuertes y los más débiles se han igualado durante unos segundos, estrujando sus espíritus asustados, como estrujan sus cuerpos las multitudes medrosas. Ha sido durante el último eclipse. Un cronista científico del fenómeno consignaba el hecho en estas últimas líneas de su comunicado:

«El vago é instintivo temor sentido por el vulgo, y aun por los mismos sabios, en el momento de la crisis, da testimonio de que hemos tocado y de que al fin descorreremos el velo.»

Se podía morir, se podía perecer, según se pensaba en aquellos instantes y, sin embargo, ¡cuántas cosas se habían proyectado para después de la catástrofe que se temía! La crisis no la sufrió el Sol en el momento de velar su cara; la sufrieron los pobres de espíritu, que disponen de antemano sobre las cosas, y hubo un momento de silencio y de reposo en que la tierra pareció muda y en que el ruido de las ideas cesó para el silencio de la conciencia.

Se oían los pasos, se prolongaban con pesadumbre los alientos y las gentes se imaginaban visitar un cementerio abandona-

do; se miraban, esperándose morir de un modo nuevo, telúrico, recibiendo la muerte desde muy alto, lo más alto y apartado que puede concebirse. Padecieron las flores, y las aves que se recogen temprano creyeron que se habían detenido mucho tiempo.

¡Qué susto han tenido todos los hombres! Aun «los mismos sabios», aun esos mismos, esos pocos que sabían más que el resto sobre la particularidad del fenómeno.

La leyenda de los terribles combates entre el Sol y el presunto dragón que lo devora ha perdido su universalidad pasada; pero no ha sido sustituída por algo tan completamente satisfactorio y definitivo.

La ignorancia de los hombres, si no es hoy mayor que la de otras edades, sigue siendo tan exigente como entonces, y he aquí que una curiosidad, igualmente sentida, con idéntica intensidad por todos, hizo elevar las miradas á lo alto, y ese día ha sido el que ha contado más horas sabias y religiosas desde algunos años á la fecha.

La tierra quedó vendada en su ancha herida, y en una extensa franja del planeta fueron menos bárbaros, por un momento, los negocios, porque los sabios y los humildes miraron á los cielos con preferencia.

La Luna rodó sobre el Sol como una perla inmensa sobre una patena de oro, y el Sol pareció sustraerse de los horizontes por un gigante sin medida, del que sólo se adivinaran las yemas de los dedos con que arrebataba el astro.

Sobre la mística.

Esto debe sernos muy nocivo, sin embargo, ya que en un libro reciente, donde se habla del carácter nacional de nuestro pueblo, se señala, juntamente con la educación, los alimentos, las bebidas, la manera de vivir y la poca instrucción de las mujeres, al misticismo como causa del atraso que se dice atravesamos.

¡El misticismo! El misticismo se asegura que «conspira contra la salud al despreciar la materia y tender á castigarla y empobrecerla...» ¿Qué misticismo es ese? Es preciso que nos pongamos de acuerdo sobre esa palabra que tantas veces se emplea, sin usarla como debe de usarse. Místicos han sido y son en nuestros días los más grandes maestros y directores del pensamiento mundial. Los superhombres, los subliminales de toda época son místicos. Místicos fueron Juan Pablo, Emerson, No-

valis, Carlyle, Thoreau, el propio Nietzsche y el mismísimo Arturo Schopenhauer. Místicos son John Fiske, Maeterlinck, Tolstoi, el propio Merejkousky, traducido entre nosotros como ateo, y el mismo Le Bon, á quien se toma por alguien como un *leader* del materialismo buchneriano.

Místicos, mística, misticismo. ¡Bah! exclaman con frecuencia los hombres fuertes para indicar una no-entidad digna de compasión ó de desprecio. Y el misticismo, la mística y los místicos siguen palpitando en el comienzo de todas las cosas y siguen siendo la gran energía de todas las ideas.

El entusiasmo, la posesión, la propia confianza y el vago, pero cuasi seguro temor, es un aire místico. En todas partes hay místicos y entusiastas. En todas partes, sí; son místicos los hombres de ciencia que escalan las cumbres de la Verdad con sus hipótesis, los artistas más grandes y más puros que trabajan por extender sus sentires, los redentores de todas las clases, los apóstoles de todas las ideas, los mismos negadores furibundos de toda la realidad mística; pero los únicos y más grandes místicos son los que buscan la Unica Verdad.

El misticismo de la decadencia es la terquedad, la obstinación. Ese no es misticismo, porque no hay un soplo de amor en el mantenimiento de ese estado. Pero si hay un aliento de fraternidad en cualquier entusiasmo, en cualquier posesión, eso es bueno y salva á los hombres.

No ha muerto ni morirá ningún pueblo por su mística. El milagro del Asia es su mística; la fuerza del sajón está en el trabajo que han añadido á la raza unos cuantos inolvidables entusiastas. Israel vive sin tierras, y casi ya sin lengua, por su mística; por su mística también volverá cualquier día la infelicísima Arabia Felice á ser digna de este nombre que se la ha dado.

Se imagina el progreso realizado como un antro colosal y gigantesco, cruzado de correas por doquiera, repleto de máquinas que gimen, de ruedas que se agitan sin reposo, de pistones que crujen, de émbolos que golpean, de locos indicadores que señalan de prisa con sus índices de acero, y no se ve que todo eso ha sido concebido en el silencio y la quietud más absoluta.

Las ideas resbalan sin estrépito, y el pensamiento de los hombres se produce con un casi sumum de silencio y con un casi nada de ruido.

ARIMI

Judaismo y Cristianismo.

El elemento teológico del Nuevo Testamento, ¿fué un elemento judío ó extrajudío? Tema que se convierte en otro: ¿Cuál era el estado de Judea en la época en que se supone apareció Jesucristo? Enunciémosle todavía más claro: ¿Qué es la doctrina de Jesucristo y de dónde procede? Porque, claro está, que si por «doctrina de Jesucristo» hubiese de entenderse el Cristianismo mismo, es decir, la Religión ó conjunto de sectas que de ella se han ido formando, sería necesario, para responder á aquella pregunta, pasar una revista histórica universal á todo el mundo antiguo, á todo el Oriente Clásico; pero si reducimos nuestra indagación al movimiento dogmático-social que bajo los reinados de Augusto y de Tiberio (ó quizá dos generaciones antes) tuvo lugar en Judea, bastará, para descubrir las causas de tal movimiento saber cuál era la situación de la precitada nación y cuáles sus aspiraciones ó tendencias en el terreno mesiánico.

Mi antigua escuela decía con Bossuet que todos los pueblos paganos debían, desde el punto de vista histórico, ponerse en rotación alrededor del pueblo judío, puesto que éste, que encerraba en sí principalmente los destinos del género humano, tenía en su institución una fuerza de un infinito superior á los infinitos de las fuerzas que existían en las instituciones de los otros pueblos (1). Yo, reformando esta explicación, podría decir que en el Judaismo se coligaron para acelerar el desenvolvimiento religioso de la Humanidad todos los elementos divinos del mundo antiguo. El Cristianismo, como demuestra su Historia, ha sido preparado por todas las Religiones; pero ha surgido en gran parte de la judaica y en ella tiene muchas de sus causas especiales, características. Una de ellas—acaso la más importante y profunda—fué la obra de los Profetas. Antes de la cautividad de Babilonia, la organización social de los Hebreos era idéntica á la de todas las naciones semíticas, y sus concepciones histórico-exegéticas en nada se distinguían de las que formaban el fondo de los Libros Sagrados de Asiria, Caldea, Siria, Fenicia y el mismo Egipto. Israel era entonces *pagano* en toda la extensión de la palabra, y nada indicaba en él que pudiese adquirir fuerza religiosa. En el lugar que el Paganismo ocu-

---

(1) Bordas, *Le Cartésianisme,* 474. Thiberghien, *Théorie de l'infini,* III.

pó veremos al *Profetismo,* institución esencialmente israelita. Para comprender bien este vertiginoso progreso es preciso recordar que toda la agitación profética no fué más que una serie de creaciones morales hechas por individuos que, desdeñando los procedimientos ordinarios de la razón práctica y del buen sentido, y haciéndose superiores al medio en que vivían, se esforzaron por encontrar en sí mismos la revelación divina y las grandes aspiraciones de la fraternidad humana. Una piedad estética, unida á un severo ideal en la noción de Dios; una Moral ordenada á la Religión por la subordinación del rito á la rectitud del alma, y la esperanza de un porvenir de bienestar y de paz por la realización de la justicia: he aquí las tres grandes ideas legadas por el Profetismo al Evangelio (1).

Si para concluir nuestro somero examen volvemos á preguntar por la significación y el fin de todo ese movimiento profético, reconoceremos que el Judaismo era digno de dar nacimiento al Cristo. Ninguna Religión de la antigüedad, como nota Laurent (2), había tenido una noción tan pura, tan elevada de la Divinidad. El panteismo es el vicio manifiesto ú oculto de todos los sistemas religiosos ó filosóficos de los Antiguos. El Judaismo distingue claramente á Dios del mundo, del cual es creador. Esta idea abre un abismo entre Dios y el hombre. Si la Humanidad se relaciona con su autor no es para confundirse con él, sino para buscar en su origen divino los principios de caridad y fraternidad que deben regirla. Ignórase si estas sublimes verdades se remontan á Moisés, ó si se han desarrollado sucesivamente en el transcurso de las edades. Lo que sí es cierto es que no habían penetrado en la conciencia general de los Hebreos. La observancia de las ceremonias legales ahogó la caridad (3). En cuanto á la fraternidad, no pudo abrirse paso á través del orgullo de una raza que se vanagloriaba de su alianza con *Jehovah*. El sentimiento religioso mismo acabó por alterarse y perderse en una parte de la nación.

«Detestamos á los Judíos; no hace mucho todavía que condenábamos á los Judíos á las hogueras; los considerábamos como asesinos de Dios y, sin embargo, nos reunimos todos los domingos para salmodiar cantos judíos; y no los recitamos en hebreo porque somos unos ignorantes; pero los quince primeros obispos, sacerdotes y diáconos de la Iglesia de Jerusalén, que se considera por los Ortodoxos como la cuna de la Religión Cristiana, recitaban esos salmos en el idioma judío, y desde la época del califa Omar, casi todos los Cristianos, desde Tiro hasta Alepo, rezaban en dicho idioma. En la actualidad, el que reci-

---

(1) Sabatier, *Esquisse d'une Philosophie de la Religion d'aprés la Psychologie et l'Histoire*, 168.
(2) *Le Christianisme*, I, 3.
(3) *Lex, justitiæ tenax, clementiam non habebat.* (San Jerónimo, *Epistola ad Damasum*, I, 149.)

tase los salmos como se compusieron y los cantara en lengua judía sería sospechoso de estar circuncidado y de ser *judío*, y *como á tal* excomulgado. Siglos atrás hubiera muerto en la hoguera, á pesar de que, según la Biblia, Jesucristo, los Apóstoles y sus Discípulos fueron circuncidados. ¿Es posible encontrar nada *más contradictorio*?» (1).

Ertetai ton Joudaismon (2). La filiación fundamental é íntima del Cristianismo está, en gran parte, en el Judaismo. Jesucristo y sus discípulos (si existieron) fueron *judíos*, y el primero declaró formalmente que no había venido á destruir la ley de Moisés, sino á cumplirla. Este hecho es una verdad tan evidente que no necesita la menor aclaración. Y, sin embargo (¡cosa por cierto admirable!), está muy lejos de haberse resuelto la cuestión de saber si la Biblia es un libro ó dos, y si el carácter de Dios revelado en el Antiguo Testamento difiere del que revela en el *Nuevo*. ¿No os habéis preguntado muchas veces, lectores, por qué el católico odia y persigue á los Judíos, cuando el Catolicismo reposa, en último término, sobre la Biblia, escrita por Judíos? ¿No encontrais extraño que esa Biblia Mosaica sea empleada como un arma en contra del pueblo quo la proporcionó?

Hace mucho tiempo que los ortodoxos lo han dicho sin comprender bien toda la transcendencia de sus palabras: *El pueblo de Israel, en conjunto, fué un precursor de Jesucristo* (3). Traducida al moderno lenguaje de la Teología Independiente, esta frase significa que la estatua ideal de la figura del Mesías «fué vaciada en un molde en el que sus menores rasgos se encontraban trazados antes que él naciese.» Se ha observado con exactitud (4) que el Mesías Judío estaba, de cierta manera, descrito *à priori;* muchas partes de su biografía no pudieron ser otras de como fueron, y en todo caso el esfuerzo de la leyenda hubiera resultado bastante eficaz para hacer volver toda la realidad al ideal trazado por los textos. Sólo hay que dar un paso más para admitir que Cristo fué, en efecto, ese carácter ideal, que *no* ha existido, ni quizá tampoço los evangelistas; que todo se reduce á un mito metafísico; en suma, que el Cristianismo primitivo debe mirarse como una simple floración del Judaismo popular y no como invención de un personaje histórico.

No adelantemos conclusiones. Lo esencial, por ahora, es saber en

---

(1) Voltaire, *Dictionnaire Philosophique*, art. CONTRADICTIONS.

(2) Orígenes, *Contra Celsum*, I, 2. Véase además á Eusebio, *Preparatio Evangelica*, XIV, 3.

(3) Consúltese á Lamy, *Introductio ad Sacram Scripturam*, I, 2.

(4) Sobre este punto del *Mesianismo* deben tenerse muy presentes los escritos de los teólogos versados en la Exégesis del Antiguo Testamento, especialmente Vernes. *Histoire des idées messianiques depuis Alexandre jusopi á l'empéreur Hadrien*, 74. Colani, *Jésus-Christ et les croyances méssianiques de son temps*, 85. Nicolás, *Des doctrines religienses des Juifs pendant les deux siècles anterieures á l'ère chretienne*, 60.

qué el Judaismo se distinguía fundamentalmente del Paganismo para poder así saber en qué se acercó más al Cristianismo. Según observa Knen (1) «la obra capital, el gran mérito» de Moisés, consistió en dar la preponderancia al elemento moral de la Religión. Con arreglo á la reforma que Moisés introdujo en las creencias de su pueblo, «*Jehovah* se distingue del resto de los dioses en que, no sólo quiere ser servido con sacrificios y fiestas, sino también, y en primer lugar, por la observancia de los preceptos morales». Spencer (2), que habla todo lo mal que puede del Judaismo, y que, por tanto, no es ciertamente sospechoso, confiesa, no obstante, lo siguiente: «En las creencias hebraicas hay procederes detestables que se nos presentan como términos de la perfección divina. Allí la virtud suprema es la subordinación. El obediente *Abraham* merece elogios por su prontitud en inmolar á *Isaac:* ni una demostración de censura por su apresuramiento en obedecer á la sugestión sanguinaria que ha obrado sobre él durante el sueño y que toma por una orden del cielo. El degüello de los Amalecitas es llevado á cabo impíamente por *Samuel,* y se condena tácitamente á *Saúl* por usar de misericordia. Sin embargo, no debemos olvidar que si la Biblia nos muestra al Dios de los Hebreos endureciendo el corazón de *Faraón,* é inspirando su espíritu de mentira á *Acab* por medio de sus Profetas, los códigos éticos del cielo y del paraíso, aunque reflejen el Código de un pueblo, en algunos respectos bárbaro, son el Código de un pueblo superior en ciertos respectos por las ideas morales. La justicia y la clemencia penetran las reglas morales de ambas vidas (por los menos, en decir de los Profetas), como no se puede observar en los pueblos inferiores.»

¿Será preciso explanar esta sencilla consideración? No lo creo; pero si quisiera desenvolverla, fácil me sería añadir que el secreto de la Moral Mosaica está en su relación con la pureza de su Teología. Es, en efecto, admirable el paralelismo que allí existe entre los atributos divinos y los deberes del hombre, tal como Moisés los prescribe. La unidad de Dios exige que no se adore á otros dioses; de aquí la destrucción del Politeismo. La espiritualidad de Dios exige que no se le represente bajo formas visibles: de aquí la destrucción de la Idolatría. Por otra parte, la santidad de Dios exige que no se invoque su nombre en vano; la creación de Dios obliga al hombre á que, después de haber trabajado como El, descanse el séptimo día. Fuera de estas prescripciones positivas, las negativas consisten en reglas de derecho: no matar, no robar, no ser adúltero. Prohiben, además, advierte con razón Strauss (3), mediante los castigos que aplican, ciertas acciones

(1) *The Religion of Israel*, 292.
(2) *The Principles of Sociology*, IV, 7.
(3) *Der alte und der neue glauve,* IV, 2.

que la sociedad no puede en verdad impedir, pero cuya frecuencia puede aminorar. De aquí notables adelantos jurídicos. Aquella legislación severa que quería *ojo por ojo y diente por diente,* se dulcifica respecto de los hermanos de Israel y prescribe el amor á los pobres, la limosna, el perdón septenal de las deudas, el préstamo á interés. El esclavo tiene la facultad de emanciparse cada siete años. La prescripción de honrar padre y madre, que igualmente hallamos entre estas leyes, es la más sublime; pero como no podía ser amparada por la amenaza del castigo, lo procuró el legislador mediante la promesa de una recompensa divina. Los dos mandamientos suplementarios tan notables, que prohiben codiciar la mujer ó el bien del prójimo, salen ya de la esfera del Derecho para entrar en la del sentimiento; allí se hizo la experiencia de que el mejor medio para impedir ciertos actos consiste en extirpar su origen en el espíritu mismo del hombre.

A estas dos cuestiones: cómo dichas leyes han llegado al hombre y de dónde procede su valor, ha dado la leyenda, según observa el citado Strauss (1), una misma respuesta: *Han sido promulgadas por Dios y por eso deben considerarse como absolutamente obligatorias para todos los hombres.* La Biblia describe con detalles la escena en que *Jehovah,* sobre el *Sinaí,* en medio de truenos y relámpagos, escribió con su propia mano las tablas de la ley para el jefe de Israel; los Profetas invocaban también, después de sus vaticinios, la orden inmediata de Dios, y, por último, Jesucristo presentó su Evangelio y, por consiguiente, su doctrina como apoyada en su carácter de Mesías, y en sus relaciones íntimas y especiales con su Padre Celestial.

Si el Cristianismo hubiese sido el órgano de una reacción antipagana, en los Evangelios su espíritu hubiese estado siempre en abierta oposición con el Imperio; esto es lo que podía esperarse de la debilidad humana, que con tanta frecuencia tiende á involucrar y confundir dos elementos afines, cuando clama contra uno de ellos. Por eso no se trata aquí de saber si Jesús pretendió organizar un movimiento revolucionario contra los Romanos; lo contrario es demasiado evidente (2). Digo más; Jesús no se propuso siquiera conmover el sentimiento judío, pues no quiso, contrariamente al error tantas veces repetido, destruir la ley de Moisés. Nota Hartmann (3), muy exactamente, que Jesús, no sólo aceptaba en absoluto la Metafísica de la Religión Judía, sino que su doctrina no trajo nada nuevo sobre *Moral,* siendo un nuevo recordatorio, un modo enérgico de insistir en la Etica de la Antigua Ley. La transición á una Etica más revelada se presenta en la conclusión del Sermón de la Montaña, reproduciendo la conocida respuesta

---

(1) *Der alte und der neue glauve,* IV, 2.
(2) Vernes, *Revue de l'histoire des religions,* 1881, II, IV, 205.
(3) *La Religion de l'Avenir,* 76.

de Hillel á un discípulo, de que toda la Ley está contenida en el precepto: *Haz para otro lo que quieras se haga para ti*. En otro pasaje (1) designa cómo el sumario de la Ley y de los Profetas, los dos mandamientos del *Deuteronomio* (2) y del *Levítico* (3), no creyendo decir en modo alguno nada nuevo, como se deduce del asentimiento inmediato del Doctor de la Ley (4), y más aún de la versión de San Lucas (5), que hace citar al Doctor mismo, como principales, los mandamientos del amor de Dios y del amor del prójimo, añadiendo inmediatamente (6) los cinco mandamientos más importantes de la Ley Mosaica, y formulando, en fin, seguramente, según el *Levítico* (7), el precepto famoso: «Sed perfectos como vuestro Padre Celeste es perfecto» (8).

El Judaismo tradicional estaba, pues, lleno de una forma de moralismo ideal á consecuencia de un fenómeno que llamaremos de sociabilidad religiosa. Pero al lado de esta razón hay otra teocrática que descansa en el Mosaismo. Solamente Moisés, entre los antiguos legisladores, tenía aspiraciones más elevadas que los demás del Oriente, aferrados al odioso régimen de las castas; hubiera deseado que todos los Hebreos fuesen un pueblo de profetas, una raza santa (9). Las máximas más bellas de la enseñanza de Jesús son las en que expone esta grandiosa idea, aplicándola á todo el género humano. Y en la Teología de San Pablo recibió la Nueva Ley, nacida de la sola esencia de esa aspiración, una forma en cierto modo laica, pues no sólo es en ella Cristo el Redentor Universal, sino que todos los hombres se consideran como los órganos de Dios, todos están inspirados por el mismo espíritu (10), todos son igualmente santos y sacerdotes (11).

Como se ve, la Teología de los Judíos era una parte esencial, un elemento integrante de la Teología Cristiana. Pero puedo añadir algo más en el mismo sentido. Nadie duda ya que la introducción en el Cristianismo de la creencia en la existencia espiritual después de la muerte se debe á la Filosofía Griega, al Eclecticismo Alejandrino de los Padres de la Iglesia de Oriente. Si hay hoy una verdad definitivamente probada en la historia de las religiones es que Jesucristo no hizo mención clara de la existencia personal después de la muerte, de la inmortalidad del hombre más allá de la tumba. Pues bien, es cosa

(1) San Mateo, XXII, 40.
(2) VI. 4.
(3) XIX, 1.
(4) San Marcos, X, 32.
(5) X, 25.
(6) San Lucas, XVIII, 20.
(7) XIX, 2; XI, 44.
(8) San Mateo, V. 48.
(9) Laurent, *Le Christianisme*, II, 3.
(10) *Romanos*, XII, 2.
(11) Véase á Neander, *Geschichte der Planzung der christlichen Religion durch die Apostel*, I, 132.

de toda evidencia que el origen de este silencio suyo está en el espíritu judío. Reconociendo que la enseñanza que se suponía había dado Dios á su pueblo por medio de la Ley Antigua era acomodada á la inteligencia de ese pueblo, cuya razón estaba aún poco desarrollada, podremos comprender por qué la Ley de Moisés sólo daba al hombre una noción somera de la naturaleza del alma y de su felicidad. Acordémonos de la bella observación de Bossuet (1), que el mismo Lessing (2) ha aceptado y que he de explicar detenidamente en otra parte, á saber: que las penas ó recompensas señaladas á la infracción ó á la observancia de la legislación judaica eran penas ó recompensas temporales, no sólo porque los Judíos en su grosería apenas extendían sus miras más allá de esta vida, sino porque existe realmente en el plan providencial cierta relación entre el orden moral y el orden físico; sin embargo, el pueblo de Dios, como sucede en la infancia, no fué sensible sino á las demostraciones físicas, no podía comprender las leyes morales en sí mismas y menos aún sus relaciones con las leyes físicas. Era la religión hebrea como el alba de un día clarísimo, como la fuente pequeña de un río caudaloso (3). En consecuencia, cierto es y no hay por qué negarlo, ante el problema de la inmortalidad del alma, Moisés se sirvió de ideas poco ó nada espiritualistas, quizá para hacer comprender mejor á los Judíos la realización de las promesas del Dios particular de su tribu que entre los muchos dioses escogiera. Y no sólo para hacer conocer á los Judíos la realización física de su ideal, sino la relación entre lo ideal y lo físico. Al mismo tiempo que exponía ante ellos los atributos del verdadero Dios, del Dios único, tenía también la mira de excitarlos á llegar hasta su noción pura por la consideración de los fenómenos y fuerzas divinas de la naturaleza. Un pueblo ilustrado hubiese podido concebir en el universo la unidad, á pesar y aparte de la pluralidad que nos revela la observación; pero un pueblo como el judío sólo podía concebir á Dios como un ser distinto y superior al mundo, personificándole, puesto que el mundo, múltiple y variado hasta lo infinito, es precisamente la negación de esa personificación.

Una prueba más segura aún que los principios metafísicos, si se trata de demostrar la posición negativa de la Teología Mosaica frente al problema de la inmortalidad del espíritu, es la de la sanción de las leyes morales. Tal sanción era puramente material; en esta misma existencia era donde los hombres recibían su castigo y su recompensa. Desdicha temporal, fallecimiento prematuro y exterminio ó castigo de los padres hasta la tercera y cuarta generación, eran los únicos castigos divinos admitidos por los Hebreos; riquezas, larga vida y paz eran las únicas recompensas prometidas y conocidas de su Holocausto.

(1) *Discours sur l'Histoire universelle*, II. 17.
(2) Véase á Fontanés, *Le Christianisme moderne*, 100.
(3) Castellote, *Conferencias científico-religiosas*. 163.

Amén de esto, también me es dable argüir de otra manera. Hubo en la antigüedad pueblos que miraron siempre á la muerte con horror. El Persa se agarraba á la vida con una tenacidad increíble, y el mismo sentimiento existía entre los Judíos. Así, cabe afirmar con Max Müller (1), que su religión entera era una lucha contra la muerte, y por eso pedían, sobre todo á Dios, en sus oraciones, el gozar de una larga vida sobre la tierra. Cuando pedían otra cosa no la relacionaban nunca con un destino futuro, con una existencia individual posterior á la muerte. La esperanza de obtener por aquellas plegarias una subsistencia más completa de los estados vitales ó anímicos era para ellos una ilusión. Y aunque la creencia en la inmortalidad del alma, que por influencia de la Filosofía Griega llegó á ser un dogma en ciertas sectas judaicas, permitía formar un concepto transcendental de la muerte, ya que la disolución del cuerpo en esa teoría no es más que la independencia del espíritu, libre en adelante de ligaduras enojosas, sin las cuales puede perfectamente existir, lo cierto es que en Judea tuvo ese dogma pocas raíces y escasos partidarios, que estuvo, por lo común, en oposición con el espíritu y la letra de la Ley Hebrea, y, sobre todo, que fué desconocido por Moisés. Los *Saduceos*, que no anhelaban los bienes de la otra vida, repudiaban los libros de los Profetas, pero se adhirieron con pasión á la autenticidad de los cinco libros de Moisés, en que se promete al hombre bienes terrenos solamente. Esto explica el enigma, pues no siempre la esperanza de retribución andaba entonces acompañada de la adhesión ó la Doctrina Mosaica, al Hebraismo Puro.

Edmundo GONZÁLEZ-BLANCO.

(Se concluirá).

ALGAZEL

(El ornamento de la religión.)

I

Las sorpresas más grandes de Oriente no nos han sido reveladas todavía, y es seguro que en cantidad y en calidad nos espera un número considerable de ellas, que irán apareciendo á medida que lleguen las horas de la revelación.

Por lo que se refiere á las grandes verdades, no han sido reveladas sino en una gran parte en la Doctrina Secreta, y queda para el esfuerzo de la curiosidad de los hombres una porción considerable de documentos que, debidamente conocidos y divulgados, han de promover en lo futuro un cambio radical, si

(1) *Chips from a German Workshop*, I, 2.

no contrario, al corriente modo de ver algunos hechos pasados. Una precipitación, disculpable á veces, pero censurable siempre por el dogmatismo é intransigencia que apareja inmediatamente entre ciertos espíritus, ha echado sobre lo poco que se sabe de las religiones orientales y americanas las bases de la ciencia mitológica comparada, y sobre los escasos é insuficientes materiales de las lenguas perdidas y sepultadas, los fundamentos de una filología que no puede concebirse como ciencia sin el auxilio y el socorro de todos los conocimientos posibles.

Así, la labor de la cultura de Occidente ha de ser, si no cambia de dirección, y si no se hacen más humildes y menos precipitados los hombres de ciencia, un eterno tejer y destejer sobre las cosas, ya que apenas se estatuye un dogma, un descubrimiento ó una revelación cualquiera, hace de nuevo emprender un trabajo que atestigua lo infructuoso del realizado anteriormente.

Para mi objeto voy á limitarme á un punto determinado, que desde luego tengo escogido con toda antelación y no está tomado al azar. Es la psicología del misticismo. Si se pasa la vista por los catálogos que acusan la moderna producción, sobre este tema, se hallarán seguramente muchas obras que ofrecerán la materia examinada en todos sus extremos, terminando con una afirmación definitiva que, desde luego, es una precipitación tan censurable como la generalización de una experiencia por la inteligencia de un niño ó de un ignorante, que se crea de ese modo una aseveración gratuíta sobre la que funda más adelante, por pereza en comprobarla ó por terquedad en seguirla, una verdadera superstición. La psicología del místico tardará en hacerse algunos siglos, si es que se pide un conocimiento aplicable para la vida y enaltecedor para el espíritu. Si es que no se demanda una cosa tan importante, las gentes pueden pasarse con la fisiología morbosa, cariñosamente recargada por cualquier profesor oficial, á propósito de cualquier santo, de cualquier revolucionario ó de cualquier amador de los hombres. Un tema más amplio, por consiguiente, el de la psicología de la mística, será una audacia intentarlo por ahora, al menos con la pretensión de ofrecerle terminado. La India y la Persia, para no citar sino lo más explorado, encierran todavía documentos de los que apenas conocemos su nombre por completo. La influencia de estos dos centros sobre el resto del mun-

do está suficientemente asegurada. ¿Pero se sabe de estos grandes generadores todo lo que debe saberse? ¿Cómo se puede hablar de una vez para siempre de los pueblos que han recibido su influencia, cuando no sabemos aún hasta qué punto se ha extendido y alcanza aquélla?

Indudable es, por ejemplo, pues un dato nada más basta para el caso, que sobre la mística española han influído dos corrientes de índole muy diversa: la mística árabe y el teosofismo del Norte, que entró entre nosotros con las obras de Ruysbrock, Tauler y demás místicos de la escuela alemana-flamenca. Esta última influencia, por una razón de tiempo, es, desde luego, muy posterior y actúa sobre la influencia árabe, que actuó á su vez sobre la gnóstica, ya claramente señalada en la época de Prisciliano. En los estudios consagrados al asunto se concede de buen grado que nuestros místicos tienen no poco flamenco, se acepta, en parte, la influencia prisciliana, pero en lo que se refiere á la influencia árabe apenas si se consigna el hecho como remotamente probable y así sólo muy de pasada. Modernamente se da alguna importancia al asunto, y ha llegado á reconocerse, ante la evidencia de los hechos, que positivamente hubo influencia, aunque no se ha determinado con la debida amplitud, ya por falta de un estudio detenido sobre el asunto, ya porque desgraciadamente los pocos eruditos que se han consagrado á semejantes trabajos entre nosotros, si es que no han destruído los documentos que podían utilizarse, los han traducido á medias ó han sabido dejarlos en el olvido ante el temor justamente sospechado de que desapareciese una fábula que su espíritu intolerante tiene empeño en mantener.

Hay una obra árabe, abiertamente mística, sufí, *El filósofo autodidacto,* de Abentofail, que la vemos repetida en nuestra literatura y pasar á las del resto de Europa, conservando siempre el carácter profundamente místico. La idea principal de esta novela es un asunto que no vacilaría suscribir cualquier filósofo yoga, ya que, en último término, es la mejor exposición de la psicología del hombre, tal como se concibe por esa escuela. Es claro que el yoguismo del árabe Abentofail no es precisamente el de Pantajali, pero sí es un yoguismo á lo árabe, á lo persa, tal como quedó el yoguismo al pasar de la India á Persia y de los persas á los árabes españoles. *El Criticón,* de Gracián, es, á su vez, el sufismo de Abentofail, un sufismo ajesuitado,

cristianizado, tal como podía sentirlo el P. Gracián, individuo de la Compañía, aragonés sutilísimo, alambicado, y tan pesimista, que ha merecido los mejores amores de Schopenhauer. Finalmente, entre nosotros, la colosal obra del genialísimo Ganivet, *La conquista del reino de Maya,* es también el cristianismo de Gracián, tal como podía sentirlo un hombre que dejaba de ser cristiano para ponerse en el borde de toda emancipación religiosa. El asunto es el mismo; es el mismo acordado al tiempo y al temperamento de los escritores, como el mismo en el *Robinson Crussoe,* de Daniel De Foe, adoptado á las exigencias de la raza sajona.

En resumen, nos hallamos aquí con la evolución de una idea á través de las diversas influencias que han podido mejorarla ó perjudicarla. Y es una idea de la más alta importancia, porque bajo el velo de una fábula aparente se suministra la mejor enseñanza sobre el hombre. El hombre solo, aislado de los demás, llega por sí mismo á ver y á hablar á Dios. O de otro modo, el hombre es un ser emancipado y sus caídas dependen del ambiente artificial que por sí mismo se crea. La única idea aparentemente igual, idéntica en el fondo del carácter de cada uno de los protagonistas de esas cuatro novelas individualistas, íntimas, solitarias, es la voluntad, la verdadera ciencia del yoga.

Este hecho, que puede comprobarse por cualquiera leyendo esas cuatro obras, hoy dichosamente al alcance de todos (1), señala la influencia que positivamente existe entre la mística árabe y el pensamiento común de los escritores místicos españoles. Esto, empero, no es más que un ejemplo de los más nuevos que pueden señalarse, porque nadie duda que una gran parte de la filosofía luliana, de la ciencia de Luis Vives y de la obra de Fox Morcillo llevan una gran levadura árabe, y es incontestable que una parte considerable de nuestra literatura, ya mística, ya profana, se encuentra en caso semejante. Con todo, el verdadero influyente en la mistica, no ya española, sino europea, por parte de la mística árabe, es el famoso Algazel, no de

---

(1) Abentofail. *El filósofo autodidacto,* traducción de D. Francisco Pons. Colección de estudios árabes. Tomo V. Zaragoza, 1900.

B. Gracián. *El Criticón.* Hay varias ediciones modernas.

Daniel De Foe. *Robinson Crussoe.* Hay varias traducciones españolas.

Angel Ganivet (1865-1898). *La conquista del reino de Maya por el último conquistador español, Pío Cid.* Madrid, 1897.

cualquier modo llamado el ornamento de la religión por sus piadosos contemporáneos y discípulos.

II

Es curiosa y por demás interesante la importancia que tiene esta figura de Algazel y cómo se extiende y propaga su influencia.

Algazel es el puente, por así decirlo, el puente definitivo por donde pasa la mística india á España y luego al resto de Europa, con el sello definitivo que ha de tener hasta que más adelante se revele la India por última vez á los europeos, gracias al impulso que toman los estudios filológicos bajo los Wilson, los Burnouf, los Anquetil y tantos otros.

Algazel es un persa; nace en Gazala, en el Jorasan, en 450 de la hégira 1058 de J. C. Desde los primeros instantes de su vida, él y su hermano Abulfatuh Ahmed son entregados á un buen sufí para que reciban la mejor y más religiosa instrucción. Este deber paterno, hondamente sentido por el padre de los dos futuros filósofos, que lo quiso cumplir tanto más que él, misérrimo tejedor, no pudo cumplirlo para sí, se efectuó del mejor modo, y los dos jóvenes fueron en adelante dos grandes filósofos.

La primer enseñanza que recibió Algazel fué sufí, y á este propósito bueno es recordar que el sufismo representa dentro del Islam algo así como la mística dentro del cristianismo, pero más independientemente religiosa. El sufismo es, en su apariencia, de origen persa, y aunque no pueda afirmarse rotundamente el verdadero origen del mismo, la semejanza de mil puntos con la filosofía yoga y su manifestación más viva en una región inmediata á la India, que tuvo desde luego una gran comunicación con ella, dan seguros motivos para creer que el sufismo, á lo menos en lo más íntimo de él, no es sino la traducción persa del vedantismo, con todas las condiciones que requiere toda la traducción de una idea: adopción general del principio y desfiguración inmediata en los detalles por las condiciones de lugar, carácter, idioma y necesidades psicológicas del mayor número.

El sufismo aparece en Persia, desde luego, así que se recibe en el país la revelación de Occidente por los continuadores del

Profeta. Aparece, pero no quiere decir que nazca. Lo que hace el mahometismo es exteriorizar, vitalizar, desarrollar una tendencia, un estado que existía en Persia con anterioridad á la predicación mahometana. Para darle una autoridad, una excelencia que ciertamente no necesita mendigar el sufismo, se le ha supuesto engendrado en los mismos días de Mahoma, alentado por él. Se dice que los primeros sufís fueron aquéllos resignados creyentes que se esperaban sentados en el banco. Sí lo serían de espíritu, sí serían dignos de serlo; pero la gran obra sufí, toda la teología del Islam se elabora en la Persia, porque el persa era más teólogo que los creyentes árabes del Hedjar. Esto está fuera de duda. Lo que sucede con el sufismo es que si se mira con algún detenimiento toda su filosofía, su mística, mejor dicho, se ofrece como la obra de una raza que anda, que camina, que se mueve. Esta aparente contradicción del sufismo, esta forma movida, viandante, que toma la tendencia á la quietud suprema, al reposo en que debe terminar toda la obra sufí, es chocante y parece que debió crearla un pueblo nómada. Pero ¿no será eso la concesión que hubo de hacer el yoguismo al nómada de la Arabia? ¿Así como en toda la mística cristiana la única comparación de esos grandes pacíficos es la guerra, el combate, la lucha y las palabras al enemigo, la fortaleza, el asalto pululan en todas las obras de los místicos, desde Santa Teresa al ardoroso y exaltado San Bernardo, en la mística árabe, en el sufismo, la gran comparación, la gran figura, es el viaje, el camino, la vía. El hombre es un viajero *(salik)*, la misma vida un viaje *(safar)*, el éxtasis un movimiento hacia Dios *(wadjd)*. La perfección se adquiere por etapas subiendo algunos peldaños, y toda perfección representa un ascendimiento ó un paso más allá. La dirección espiritual, que parece incomprensible al concepto occidental de libertad en el misticismo de una Santa Teresa ó de un Molinos, se comprende aquí, donde el guía de la perfección es el que nos abre realmente el camino que debemos seguir. La dirección espiritual árabe se salva así del descrédito y del abuso en que cae dentro del catolicismo, porque el guía no es un hombre que se tenga que salvar con nosotros, sino un verdadero guía que puede quedarse en el lugar á donde nos dirigimos ó volver por otros viajeros.

Barthelemy Saint-Hilaire no se avenía á aceptar un origen indio al sufismo, acaso por este dinamismo aparente que contie-

ne, y, sin embargo, todo ese movimiento no es más que una pura apariencia. El verdadero sufí no se mueve, es tan estático como el yogui; todo ese movimiento es puramente mental, y los avances que el espíritu del sufí hace hacia la unidad, hacia el aniquilamiento, para expresarlos tiene que valerse de una forma negativa que indica más una pérdida que una adquisición, ni más ni menos que el yogui. Y es que esas pérdidas, esas restas aparentes son, en realidad, verdaderas sumas, porque desembarazando al alma de obstáculos la ponen en posesión gradual de nuevas libertades y nuevas fuerzas.

El sufí, en su primer estado, en cuanto se declara ***discípulo,*** dice su oración un poco más breve que el resto de los hombres, porque puede decirla mejor: «No hay más señor que Alá.» Cuando penetra más en la ciencia de Dios y se hace ***sabio,*** le basta con el nombre de aquél para rezarle con más intensidad que con extensión lo hace el vulgo: «Alá.» Y así en los estados sucesivos, ya en el de ***identificación,*** en el de ***amor*** ó en el de ***apasionamiento,*** la oración se reduce y constriñe en la fórmula más breve: «El», «Muerte», «Yo soy Dios», porque, en último término, todas nuestras palabras no son sino una palabra que no hallamos más que una vez en la vida: la impronunciable.

La primera enseñanza que recibió Algazel le dió un carácter para toda la vida. Después de haber recibido el sufismo, se aplicó al derecho y á la teología musulmana, y pasó á Nisabur, donde oyó al famoso Abulmaali el Chonaini (Alharamain), célebre imam axarie (1), que le sembró de dudas y le dejó la cátedra. El estado de Algazel en aquellos momentos se ha comparado al de Descartes al trazar las primeras páginas del ***discurso del método,*** y es verdad por lo que se refiere al escepticismo que se observa en esa época de su vida. Su verdadero estado de espíritu sería quizá más comprensible si se le comparara al de Renan al salir de San Sulpicio.

La enseñanza esotérica, monopolizada por los sufís, se despreciaba profundamente por los ***motacalimes,*** ó escolásticos árabes. El positivismo científico descansaba sobre Aristóteles, comentado y explicado por Alfarali y Aricena. Esto era bien poco

(1) Los axaries, de Abul Hasan el Axari, antiguo motazil ó disidente que, como éstos, había negado los atributos divinos, eran ortodoxos que querían dar una base científica á la ortodoxia del Islam, lo que no siempre lograban en este empeño sęm aparente que real.

como ciencia y, sobre todo, como base de una teología. La influencia de Aristóteles sobre el Islam había dado ya sus naturales frutos de impiedad. Anterior al *Alcoram*, como á la enseñanza paulina y joánica, Aristóteles no podía producir ningún beneficio á ninguna creencia monoteísta ni transcendente. El talento y valor de Algazel se patentiza en haber visto esto que no ha logrado ver aún la iglesia romana, que sigue desde los días del Aquino retocando la obra del Stagirita para cimentar sobre ella lo que para ella no se hizo.

Algazel, que en sus viajes había tenido ya ocasión de observar lo extendido que estaba el mal, se preparó á combatirlo, y, al efecto, empezó por consagrarle una de las más imparciales y magníficas exposiciones que se han hecho de él en su obra *Los designios de los filósofos,* los propósitos, las ideas de los mismos, sus tendencias en matemáticas, lógica, física y metafísica. La exposición es completa, y es inútil buscar en ella las ideas de Algazel, como se pretendió en el siglo pasado, porque el autor no hace más que exponer. Las verdaderas ideas de nuestro filósofo aparecen en la obra siguiente, la famosa *Destrucción de los filósofos,* y en la más célebre todavía, *Vivificación de las ciencias religiosas (Quitab Ihia-o-lum-idin),* ó *Ihia,* como se cita con más frecuencia.

En la *Destrucción de los filósofos* se ataca á toda la influencia helénica que cae sobre el Islam y que había introducido en él, contra la enseñanza esotérica recibida, una serie de nociones completamente opuestas á la religiosidad contenida en el Alcoram. Esta gran obra fué tan decisiva, tan fructífera en resultados para la fe, que el mismo Algazel volvió sobre ella más adelante, y el *Almonquid* ó *Preservativo de error* puede considerarse, y de hecho es, además de una autobiografía del mismo, un resumen de aquélla.

El valor de este documento no está aún completamente apreciado. De la *Destrucción* baste saber que mereció que Averroes le consagrara una de sus mejores obras: *La destrucción de la destrucción de los filósofos,* y que ambas, andando el tiempo, en los días de Mahomed II, de Constantinopla (1450), hubieron de resumirse en una tercera obra, el *Tchafot,* de Mustafá Jocha Zadeh, que se decide, en gran parte, por Algazel, á quien sigue á la letra en muchos pasajes.

La *Destrucción de los filósofos* pasó en seguida á los judíos y

á los cristianos, y Maimónides y Santo Tomás reciben, no sólo su influencia, sino una verdadera obsesión.

III

Algazel, ardiente defensor y campeón de la fe alcorámica, mítico y escéptico á ratos, lejos, es cierto, de la tendencia mística absoluta de los sufís *(Ataric-Azufia)*, pero más lejos aún de los peripatéticos musulmanes *(Alfasafa)*, no está, con todo, dentro del grupo de los teólogos ó motacalimes *(Alcalam)*, y su situación vacila entre la posición de éstos y el sufismo. La gran aspiración de su vida es la de dar un contenido más transcendente al Islam; así, en sus deseos de enseñanza, acude á las madrizas más renombradas, Nisabur, Bagdad y Damasco, y las deja para ir á Siria y á la Meca, para apartarse del mundo y entregarse á la contemplación; vuelve á la cátedra, hace su última escapada á la contemplación y pasa á mejor vida á los cincuenta y cuatro años de una existencia verdaderamente provechosa y ejemplar (505 de la hégira IV de J. C.).

Uno de sus principales ideales es la afirmación y resurrección del profetismo, que considera como muy superior á la lógica de los hombres. En este punto insiste sobremanera, y es el que le mantiene unido á los sufís, aunque no puede decirse que lo fuera tal como aquellos otros, sobre los que influyó de un modo decisivo, como Mohidin, el precursor de Raimundo Lull, y el camino por donde Algazel penetra con más fuerza en España.

Cuando sean más asequibles sus obras á la generalidad del público, se verá con sorpresa lo que debe toda nuestra mentalidad más elevada á este hombre, y entonces, lo que hoy parece tan inesperado en nuestros místicos, se verá cuán lógico y natural es en ellos.

El camino que ha seguido Algazel en nuestro pensamiento se puede señalar á grandes rasgos, recordando la obra de Mohiden, en lo que nos es conocida, y los restos que nos quedan de Ibu Badja (Avempase), donde el sufismo de Algazel sube hasta la esfera del gobierno y es la base de una política donde el propio Spinoza ha podido encontrar materiales para su Estado místico, y que acaso hubiéramos podido comprobar si el autor del *Tratado teológico-político* lo hubiera terminado.

Su influencia en la filosofía escolástica es manifiesta y por

demás indiscutible; pero la que urge aclarar, sobre todo, es la que ha ejercido en nuestros místicos, y la que en él ha ejercido la enseñanza vedanta, que si se sospecha con seguras evidencias, no se ha patentizado todavía.

Hay dos libros esotéricos de Algazel: *Almanum el Grande* y *Las soluciones á los problemas de la vida futura,* que pueden dar mucha luz sobre el particular. Del *Tratado de la renovación de las ciencias religiosas* se han ocupado ya algunos teosofistas extranjeros, y el resultado de estas indagaciones no ha de hacerse esperar mucho tiempo. La conclusión ha de ser confirmar una vez más que la Verdad ha sido conocida en otros tiempos, y que el esoterismo islámico tiene tantos títulos para figurar al lado del buddhista como del cristiano, porque todos responden á la misma y única fuente.

Mientras preparo mi versión sobre estos libros, vaya como anticipo la del *Almonquid,* muy inferior á mi deseo.

Rafael URBANO

EL PRESERVATIVO DEL ERROR

(ALMONQUID MINADALAL)

POR

HAMID-MOHAMED-ALGAZEL

Versión castellana de Rafael Urbano. M. S. T.

PRÓLOGO

¡En el nombre de Dios Clemente y Misericordioso!

El imam Abuhamid-Mohamed—hijo de Mohamed-Algazel—dice:

¡Loor á Dios, cuya alabanza debe preceder á todo escrito y á todo discurso! ¡Que las bendiciones de Dios se extiendan sobre Mahoma su profeta y su apóstol, sobre su familia y sus compañeros, bajo la conducta de los cuales se evita el error!

Tú me has rogado—¡oh mi hermano en religión!—que te enseñe los secretos y el fin de las ciencias religiosas, las profundidades y el último término de las doctrinas. Tú quieres saber

lo que he sufrido para desembrollar la verdad perdida en la confusión de las sectas y diversidad de camino; cómo me he atrevido á elevarme por encima de la creencia rutinaria hasta el pináculo de la certeza. Deseas conocer lo que he obtenido desde luego de la teología escolástica y en seguida el método de los talimitas (1), que en la indagación de la verdad se apoya sobre la autoridad de un imam; por qué, en tercer lugar, he llegado á menospreciar los sistemas filosóficos, y, en fin, lo que he aceptado de la doctrina de los sufíes y la suma de verdades que he recogido al estudiar todas las opiniones de los hombres. Me preguntas también por qué después de haber abandonado á Bagdad, que me atraía con tal número de oyentes, he vuelto tiempo después á Nisabur, y convencido de la sinceridad de los sentimientos que te animan, voy á responderte á tus preguntas, después de haber implorado la ayuda y la protección de Dios.

Sabed, pues, ¡oh mis hermanos! (que Dios os guíe en la buena vida y os dirija hacia la verdad), que la diferencia de creencias y religiones, que la diversidad de doctrinas y de sectas que dividen á los hombres son como un mar profundo, fértil en naufragios, y del cual pocos hombres salen sanos y salvos. Cada secta, en verdad, se cree en posesión de la verdad y de la salvación. Cada comunidad se vanagloria de su creencia; pero como nos ha enseñado el jefe de los apóstoles, aquél cuya palabra es siempre verídica: «Mi pueblo se dividirá en setenta sectas, y una sola de entre ellas será salvada» (1). Así se realizan todas las predicciones del Profeta.

Desde la flor de mi juventud, es decir, desde antes de haber cumplido mis veinte años, hasta la época presente, en que paso de cincuenta, me he internado en ese mar, he sondeado sus profundidades, y como un nadador resuelto he penetrado en sus tinieblas, afrontando sus escollos y sus abismos. He interrogado las creencias de cada secta y escrutado los misterios de cada doctrina, á fin de distinguir la verdad del error, de separar el dogma de la herejía. No he encontrado jamás un discípulo del sentido alegórico *(bateni)* sin indagar la naturaleza de su creen-

---

(1) Los dogmas principales de esta secta eran la teoría emanatista, la infalibilidad del imam y la interpretación alegórica del Alcoran. (R. U.)

(1) El número preciso, según la tradición postalcoránica, es de setenta y tres. Número oculto, aunque no tanto como el primitivo setenta. La tradición añade que las otras sectas serán condenadas al fuego eterno. (R. U.)

cia, ni un partidario del sentido exterior *(zaheri)* sin inquirir sobre los resultados de su doctrina. No hay un filósofo cuyo sistema no haya profundizado, ni un teólogo del que no haya querido conocer la doctrina y las controversias en su resultado definitivo. El sufismo no tiene secretos en los que yo no haya penetrado. El piadoso adorador de Dios me ha revelado el objeto de sus austeridades; el impío *(zendik)* y el ateo no han podido ocultar á mis ojos las verdaderas causas de su impiedad. La sed de conocer se ha resbalado é infiltrado en mí en la flor de mi edad; era como una segunda naturaleza de que Dios me había dotado, sin que hubiera por mi parte en ello ni voluntad ni esfuerzo. Apenas había salido de la infancia cuando rompí los lazos de la rutina y me libré de las creencias hereditarias.

Habiendo observado con qué facilidad los hijos de los cristianos se hacen cristianos y los de los musulmanes abrazan islamismo, y recordando al mismo tiempo esta sentencia del Santo Profeta, recogida por la tradición: «El niño nace teniendo en sí el germen del Islam; luego sus padres le hacen judío, cristiano ó mago,» sentí un vivo deseo de conocer esta disposición innata en el niño, la naturaleza de las creencias accidentales que le impone la autoridad de su padre y sus maestros, y, finalmente, esa convicción ciega que él debe á sus lecciones. Lleno de contradicciones que en vano trataba de resolver examinando lo que había de verdadero y de falso en esas opiniones, me dice desde luego el siguiente razonamiento: «Siendo la indagación de la verdad el objeto que persigo, debo ver, en primer término, cuáles son las bases de la certidumbre.» Reconocí en seguida que la certeza es el conocimiento claro y neto de las cosas, lo que no da lugar á duda alguna, á ninguna posibilidad de error y de conjetura; de suerte que no queda nada en el espíritu que pueda dar acceso al error. Es preciso que el espíritu, prevenido contra toda suerte de desvío, se ligue á una convicción tan fuerte que, si por ejemplo, alguien capaz de convertir la piedra en oro y un palo en una serpiente trata de minar las bases de esta certeza, se mantenga ella sólida é inquebrantable. Yo supongo que viene un hombre y me dice á mí que sé que 10 son más que 3: «Es todo lo contrario: 3 son más que 10, y para probarlo voy á convertir este bastón en una serpiente.» Supongo de buen grado que, en efecto, verifica ese cambio ante mis ojos; pero yo no quedaré menos convencido de la falsedad de su

aserto, y si el poder de que ha hecho gala excita mi sorpresa, no resultará de ello, sin embargo, ninguna duda para mi convicción.

Yo comprendo que todas las nociones que no reunen esas condiciones no merecen confianza porque no están al abrigo de la duda. Y todo lo que no está garantido contra la duda no puede constituir la certidumbre.

Sobre los subterfugios de los sofistas y sobre la negación de los conocimientos en general.

Examiné en seguida mis conocimientos y vi que por ninguno de ellos, á excepción de las percepciones de los sentidos y de los principios necesarios, poseía el grado de certeza que acababa de establecer. Entonces, con tristeza, me hice la siguiente reflexión: «Es preciso no esperar encontrar la verdad desde luego, sino en las cosas que llevan en sí mismas la evidencia, es decir, las percepciones de los sentidos y los principios necesarios. Importa, pues, establecerlos sobre una sólida base.» ¿Mi confianza absoluta en las percepciones de los sentidos y en la infalibilidad de los principios necesarios es análoga á la que tenía desde luego en las cosas de autoridad, es solamente análoga á la seguridad que la especulación inspira á los hombres, ó es rigurosamente verdadera, sin mezcla de ilusión y de trastorno?

Me apliqué con ardor al examen de las nociones debidas al testimonio de los sentidos y á la especulación, á fin de saber si podían ponerse en duda. El resultado de este largo examen fué que no debía concederles mi confianza. Y en mi creciente incertidumbre me dije: «¿Cómo fiarme de las cosas sensibles?» Entre todos los sentidos, el de la vista es, al parecer, la facultad más segura en sus percepciones. Ahora bien; si miro á la sombra la veré fija, inmóvil, y juzgaré, por tanto, que no tiene movimiento; pero un rato después conoceré, por experiencia y observación, que la sombra se ha movido, porque su movimiento no se verifica de pronto, sino por grados y poco á poco, de manera que jamás está quieta. Del mismo modo el ojo ve á las estrellas, y las ve tan pequeñas que su tamaño no excede al de una moneda de oro; pero después las demostraciones geométricas vienen á probar que son mucho mayores que la Tierra. Todos estos fenómenos y otros parecidos son atestiguados por los sentidos, los cuales dan determinados juicios sobre ellos, que el entendimiento desmiente, sin que haya medio de refutar este men-

tís. Entonces me dije: «Desvaneciéndose también la confianza que tenía puesta en las percepciones de los sentidos quizá no haya seguridad de certeza más que en los principios necesarios, tales como éstos: 10 es mayor que 3; la negación y la afirmación no pueden juntarse en una sola cosa; el mismo objeto no puede ser al mismo tiempo temporal y eterno, ser y no ser, necesario é imposible. Pero—exclamaron las percepciones de los sentidos—¿quién te asegura que tu confianza en los principios necesarios no es idéntica á la que has tenido antes en nuestras percepciones? Cuando estabas seguro de nosotras vino el entendimiento y nos desmintió; pero si no hubiera venido, aún seguirías dando crédito á nuestro testimonio. Luego es posible que haya más allá de la percepción intelectual otro juez ú otro criterio que desmienta á la razón, como el entendimiento ha desmentido á las percepciones de los sentidos. El que no se haya manifestado semejante criterio no prueba la imposibilidad de su existencia.»

Perplejo estuvo mi espíritu mucho tiempo sin saber cómo contestar á esta objeción, pues lejos de aclararla, ésta se confirmaba más, reflexionando sobre los sueños. «¿No observas—me dije á mí mismo—cómo en el sueño crees veer cosas é imaginas dete[illegible] las situaciones en las que tienes absoluto crédito, sin q[illegible]guna duda te asalte sobre las mismas mientras duermes?» Es verdad que al despertar conozco con evidencia que todo lo imaginado carece de fundamento; pero, ¿quién me asegura que tiene realidad objetiva todo lo que creo conocer despierto por medio de los sentidos ó de la razón? Es cierto que todo esto es verdad con relación á mi estado; pero puede suceder muy bien que me llegue á encontrar en otro estado que sea, respecto al de vigilia, lo que el de ésta es respecto al sueño, y entonces resultará que lo que llamo ahora vigilia sea un sueño y conozca con certeza que todo lo juzgado con la razón fueron quimeras de la fantasía sin ninguna realidad. ¿No será ese estado el mismo al que los sufíes llaman éxtasis *(halet)*? Cuando éstos han logrado quedar absortos y enteramente desligados de lo sensible creen precisamente que conocen por intuición cosas que no se armonizan en nada con lo percibido por el entendimiento. Acaso sea ese estado superior al de la muerte, porque el primero de los Profetas ha dicho: «Los hombres están dormidos; la muerte será su despertar.» Acaso también la vida pre-

sente no es sino un sueño, comparada con la vida futura, y el hombre, una vez muerto, verá las cosas que están en contradicción con las que tiene ante sus ojos y entenderá entonces estas palabras: «Hemos descorrido el velo que cubría tus ojos; tu vista es ahora clara» (1).

Cuando estos pensamientos invadieron mi espíritu traté de hallar un remedio. ¿Pero cómo hallarle? Para desatar el nudo de estas dificultades me será preciso alguna prueba; la prueba supone el conjunto de varias nociones primordiales, por sí mismas evidentes; pero si no admito éstas la demostración será imposible.

Esta dolorosa crisis duró cerca de dos meses, durante los cuales estuve, no de labios afuera, ni por discursos, sino moralmente, conforme con el punto de vista de los sofistas. Dios dignóse, en fin, curarme de esta enfermedad; mi alma encontró la salud y el equilibrio, y las verdades primordiales de la razón se me aparecieron de nuevo con toda su fuerza y evidencia. Mi curación la debí, no á un conjunto de pruebas y argumentos, sino á la luz que Dios hizo penetrar en mi corazón, luz que ilumina el umbral de toda ciencia. Quien se imagine que la certidumbre no descansa sino sobre los argumentos, amengua la misericordia de Dios. Instaba uno al Profeta á que explicase este pasaje del divino libro: «Dios abre á la fe musulmana el corazón de aquel á quien quiere dirigir» (2).—«Se trata, respondió el Profeta, de la luz que Dios extiende en el corazón.»—«¿Y por qué signo puede reconocerla el hombre?» se le preguntó de nuevo.—«Por su desapego de este mundo de ilusión y su inclinación hacia la mansión eterna.» Es el Profeta también el que ha dicho: «Dios ha creado los séres en las tinieblas; luego ha esparcido la luz sobre ellos.» Es con auxilio de esta luz con lo que es preciso buscar la verdad. Y cómo su misericordia la extiende sobre los hombres de tiempo en tiempo, es preciso espiar sin cesar la aparición de ella. Esto es lo que prueba esta palabra del Apóstol: «Dios os envía en ciertos días efluvios de misericordia. Estad preparados para recibirlos.»

El objeto de esta exposición es hacer comprender con qué aplicación se debe buscar la verdad, puesto que conduce á inesperados resultados. Las nociones primordiales no tienen que

(1) Alcoran, L, 21.
(2) Alcoran, VI, 125.

buscarse porque son presentes y visibles; el resultado de tal indagación no puede ser otro que el hacerlas invisibles y ocultas. Pero aquel que extiende sus investigaciones más allá de los límites ordinarios está al abrigo de la sospecha de negligencia en la persecución de las cosas necesarias.

De las diferentes clases de investigadores.

Cuando Dios con su bondad y misericordia infinitas me hubo curado de esta enfermedad, comprobé que todos los que se entregan á la indagación de la verdad se dividen en cuatro grupos:

1.° Los teólogos escolásticos, que se dicen los discípulos del razonamiento y de la especulación.

2.° Los místicos *(bateni)* ó *talimitas,* que deben todos sus conocimientos á la enseñanza del imam.

3.° Los filósofos, que pretenden apoyarse sobre la lógica y las pruebas; y

4.° Los sufíes, que se dicen elegidos de Dios y poseedores de la intuición y del conocimiento verdadero por medio del éxtasis.

La verdad, me dije á mí mismo, no puede hallarse fuera de estas cuatro clases de hombres que se han consagrado á su busca. Si ella se les oculta, será preciso renunciar á toda esperanza de alcanzarla. No puede volver uno á la creencia ciega después de haberla abandonado, porque lo propio de la creencia es ignorarse ella misma. Tan pronto como deja de ignorarse se quiebra como el vidrio, cuyos fragmentos no pueden reunirse y aproximarse á menos de pasar de nuevo al horno para fabricarse nuevamente. Resolví seguir esas rutas y estudiar á fondo cada uno de esos sistemas, y procedí, en mis indagaciones, en el siguiente orden: la teología escolástica, los sistemas filosóficos, las doctrinas de los místicos *(bateni)* y, finalmente, el sufismo.

Del objeto de la teología escolástica y sus resultados.

Comenzando por la ciencia teológica, la estudié y examiné con cuidado. Leí los escritos de los que tienen autoridad en esta materia, y yo mismo compuse varios tratados. Reconocí que esta ciencia, respondiendo por completo á sus propias exigencias, no podía llevarme al objeto que me había propuesto. En efecto, su objeto es conservar la pureza de las creencias ortodoxas y preservarlas de toda alteración herética. Dios,

órgano de su Apóstol, ha revelado á sus criaturas una ciencia, que es la verdad en todo lo que se refiere á la religión y á sus intereses temporales, promulgando de ella los principales artículos en el Alcoran y en la tradición. Satanás sugirió en seguida á los novadores los principios contrarios á la ortodoxia; se aplicaron á ellos con ardor, y la pureza de la fe quedó amenazada. Dios suscitó, pues, una escuela de teólogos y les inspiró el deseo de defender la ortodoxia con la ayuda de pruebas propias para descubrir los artificios de los herejes y los ataques que dirigieran contra el dogma establecido por la tradición.

Tal es el origen de la teología escolástica. Muchos de sus adeptos, dignos de esta elevada misión, defendieron valientemente la ortodoxia y la fe, demostrando la autenticidad de la profecía y la falsedad de las innovaciones heréticas. Pero para eso hubieron de apoyarse sobre un cierto número de premisas que aceptaron de sus adversarios, y que la autoridad, el consenso universal, ó sencillamente el Alcoran y las tradiciones, les ponen en la obligación de aceptar. Su principal esfuerzo era hacer resaltar las contradicciones de sus adversarios y de cogerlos en las mismas premisas que ellos habían establecido. Pero una argumentación semejante tiene poco valor para el que no admite sino las nociones primordiales. La teología escolástica no podía, por consecuencia, ni calmar ni curar el mal que me devoraba.

Cuando esta escuela fué establecida y desenvuelta quería ir más allá: se aplicó al estudio de los primeros principios, al de las substancias, al de los accidentes y al de las leyes que los rigen; pero falta de base científica suficiente, no puede penetrar muy adentro en sus indagaciones y no llegó á disipar por completo las tinieblas que la diversidad de opiniones extienden sobre los hombres. No niego, sin embargo, que no haya tenido un resultado más satisfactorio para otros; admito, por lo contrario, que ha llegado á ese resultado; pero ha sido introduciendo el principio de autoridad en las materias que no son del orden de las nociones primordiales. Por lo demás, mi objeto es exponer mi propia situación de espíritu y no contradecir á los que han obtenido su cura. Los remedios varían según la naturaleza del mal; útiles para unos, pueden ser peligrosos para otros.

La filosofía: qué es lo que tiene y no tiene de vituperable.

Pasé del estudio de la teología escolástica al de la filosofía, y me fué demostrado que para distinguir la falsedad de una ciencia es preciso estudiar á fondo, es preciso igualar, ¿qué digo? sobrepasar á los mismos que mejor la poseen, de tal suerte, que se penetre en las profundidades que han quedado ignoradas de éstos. Unicamente con esta condición puede establecerse con solidez una refutación. Pero esto es una preocupación de la que no he hallado rastro entre los doctores musulmanes. No he encontrado en los escritos teológicos consagrados á la refutación de los filósofos más que palabras difusas y enrevesadas, llenas de contradicciones y de errores, incapaces de seducir, no digo á un espíritu delicado, sino al más ignorante del vulgo. Persuadido que para pensar en refutar una doctrina es preciso, ante todo, comprenderla y penetrarse bien de ella, pues sería ir á ciegas lo contrario, me entregué con ardor al estudio de la filosofía, pero en los libros únicamente y sin auxilio de ningún maestro (1). Consagré á este trabajo todos los ocios que me dejaban mi enseñanza y la compilación de mis escritos jurídicos. Tenía entonces el honor de contar en mi curso trescientos oyentes entre los estudiantes de Bagdad. Con la ayuda de Dios, estas lecturas, hechas á hurtadillas, me pusieron en estado de profundizar los sistemas filosóficos en menos de dos años.

Pasé aún un año lo menos en meditar sobre esas doctrinas; después de haberlas comprendido bien las volví y revolví en todos los sentidos para penetrar en las obscuridades y profundidades de ellas. Adquirí de tal suerte un conocimiento cierto y entero de todo lo que tenían de falso, de engañoso y de quiméricas.

Voy á trazar, sin embargo, un resumen de esas doctrinas. He comprobado que están divididas en diferentes categorías, y que sus secuaces se subdividen en muchísimas clases. Pero todos, á pesar de la diversidad de escuelas, están marcados con el sello de infidelidad á la religión, aunque haya una considerable distancia entre los antiguos y modernos, entre los primeros y los últimos filósofos, según ellos estén más separados ó más próximos de la verdad.

---

(1) Para evitar todo influjo, se supone.—(R. U.).

De las sectas filosóficas.

Las doctrinas filosóficas, á pesar de su número y de la diversidad de sus miras, se reducen á tres escuelas: la de los materialistas, la de los naturalistas y la de los teístas.

1.° Los materialistas. Estos rechazan un Creador, ordenador inteligente y todopoderoso. Para ellos el mundo existe desde la eternidad, sin tener autor alguno. El animal procede del esperma y el esperma del animal. Este es lo que siempre ha sido y será. Los que profesan esta doctrina son los impíos.

2.° Los naturalistas. Son los que se entregan al estudio de la naturaleza y de los fenómenos maravillosos del mundo animal y vegetal. Habiendo analizado con cuidado los órganos del animal con auxilio de la anatomía, sorprendidos por las maravillas de la obra de Dios y la sabiduría que se revela en ella, están obligados á admitir un Creador sabio y conocedor del fin y del objeto de todas las cosas. Y, en efecto, no se puede estudiar la anatomía ni el organismo admirable de la naturaleza viviente sin que se tenga que proclamar la profunda ciencia de aquel que ha construído el cuerpo del animal y, sobre todo, el del hombre. Pero guiados por sus indagaciones múltiples sobre la naturaleza, han creído que el justo equilibrio del organismo ejercía una considerable influencia sobre la existencia del sér. Según ellos, la facultad pensante depende del organismo, y perece y se aniquila con él, pues no puede comprenderse, dicen, que una cosa aniquilada vuelva á la existencia, y declaran que el alma muere por siempre. Por consecuencia, niegan la vida futura y rechazan el paraíso, el infierno, la resurrección y el juicio. No admitiendo ni la recompensa por las buenas obras, ni el castigo por las malas, se emancipan de toda autoridad y se entregan á sus pasiones con la avidez de una bestia. Estos deben llamarse también impíos, porque la verdadera fe descansa sobre la creencia no sólo en Dios, sino en su Apóstol y en el día del juicio. Pero éstos niegan el juicio aunque admiten á Dios y sus atributos.

3.° Los teístas vienen después. Entre ellos se cuenta á Sócrates, que fué el maestro de Platón, como Platón fué el maestro de Aristóteles. Este último estableció para su escuela las reglas de la lógica, organizó los conocimientos, dilucidó lo que aún no se había puesto en claro y explicó lo que antes no había sido comprendido. Esta escuela refutó los sistemas de las otras

dos, es decir, de los materialistas y de los naturalistas; pero descubriendo sus creencias erróneas y perversas empleó argumentos que debía haber dejado aparte. «Dios basta para proteger á los musulmanes en el combate» (1).

Aristóteles combatió también con éxito las teorías de Platón, de Sócrates y de los teístas que le habían precedido, y se separó completamente de ellos; pero no pudo despojar su doctrina de las manchas de infidelidad y herejía de que participaban las opiniones de sus predecesores. Debemos, pues, considerarles á todos como infieles, así á ellos como á los pretendidos filósofos musulmanes que, como Avicena y Alfarabi, han adoptado sus sistemas.

Reconocemos, no obstante, que entre los filósofos musulmanes nadie ha interpretado mejor que estos dos sabios la doctrina de Aristóteles. Todo lo que los demás han referido y traducido está lleno de errores, de confusión y de obscuridades propias para extraviar al lector. ¿Pero cómo aceptar ó rechazar lo que es ininteligible? La filosofía de Aristóteles, cuyo conocimiento serio debemos á las traducciones de esos dos sabios, puede clasificarse en tres partes: en una, la que debe considerarse como impía; en otra, la que está contaminada de herejía, y en la tercera, la que no estamos obligados á rechazar en absoluto. Veamos algunos detalles.

(Continuará.)

CÓMO ES LA REVELACIÓN

Si nadie lo sabe, yo voy á decir lo que es un inspirado: por poco supersticioso que se sea, no podría uno defenderse de la idea de no ser sino la encarnación, el portavoz, el medium de poderes sobrenaturales; la palabra *revelación*, entendida en el sentido de que súbitamente *algo* se revela á nuestra vista ó á nuestro oído con indecible precisión é inefable delicadeza; *algo* que nos conmueve, nos trastorna hasta lo más íntimo de nuestro sér; es la expresión de la exacta verdad; no se oye, no se busca; se toma, sin saber de dónde viene el don; el pensamiento brota de repente como un relámpago, con necesidad, sin vacilaciones ni retoques.

F. Nietzsche.

(1) Alcoran, XXXIII, 25.

POR LOS LIBROS Y REVISTAS

Los fragmentos de Moderato de Cádiz.

Con el título de *Archivos de la historia de la Filosofía* ha empezado á publicar el Catedrático de la Universidad de Madrid D. Adolfo Bonilla, en colaboración con sus mejores discípulos, una serie de materiales utilísimos para la especulación filosófica.

Tiene esta obra, empero, un dejo polémico que no cuadra precisamente con la serenidad que ha de presidir á la elevación de tan urgente monumento. En los fascículos sucesivos es de creer que se corrija este ligero defecto, y entonces, lo que parece emprendido con algún desaliento, es seguro que será premiado por el público como se merece. Hay dos trabajos que llaman especialmente nuestra atención, y éstos son el consagrado por don Manuel García Blanco á *la doctrina Sankhya-yoga en el Bhagavad Gîta,* y la versión de los fragmentos de Moderato de Cádiz, conservados por Stobeo, hecho por el Sr. Bonilla.

El primero de estos trabajos es completo y recomendable, aunque no se añada en él nada á los trabajos realizados sobre el particular por los mejores orientalistas é historiadores de la Filosofía. No es nuevo el tema ni desconocido para nosotros que poseemos la versión de este poema, ilustrado con algunos comentarios y notas por nuestro hermano D. José Roviralta y Borrell. Esta versión no ha merecido, sin embargo, ser mencionada por el autor del trabajo que nos ocupa, por ignorancia de la misma, y á ella le remitimos en la seguridad de que puede hallar sugestiones provechosas y aprovechables para un trabajo más sólido y extenso.

La versión de los fragmentos de Moderato son de un valor puramente crítico; en el trabajo del Sr. Bonilla se reduce á una versión elegante y cuidada, digna de un experto helenista como el que la suscribe; pero adolece de una superficialidad que no

debe alojarse en estos *Archivos,* y que seguramente no ha sido la que ha movido á publicarlos.

La versión castellana es, desde luego, curiosísima y de interés; pero lo más interesante de los fragmentos es la crítica y el examen de los mismos. Para nosotros son de la mayor importancia, porque son restos de la obra de un filósofo que ha influído en la marcha del pensamiento patrio á través de las edades, ya precediendo á Liciniano y á Severo en las ideas que desarrollan en su epístola á Epifanio, ya influyendo á la larga en Ibu Gebirol, el autor de *Fons vitæ,* ya en fin en el mismo Lull y en todos los pitagóricos más ó menos convictos que han pasado por el campo de especulación filosófica y de la mística en España.

Con todo, es digna de elogio la actividad que testifica la labor del profesor de la Universidad de Madrid, y sería de desear que prosiguiera prósperamente la publicación de los inaugurales archivos.

El gran anhelo. En uno de los últimos números que hemos recibido de la publicación evangélica de La Plata, *La Reforma Argentina,* vemos estas líneas que con el título *El principio moral* suscribe W. E. Channing:

«La cultura personal es intelectual. No podemos penetrar en nosotros mismos sin descubrir el principio intelectual, la facultad que piensa, que razona y que juzga; la facultad que busca la verdad y que la observa. No hay temor que descuidemos esta potencia. Siendo la inteligencia el gran instrumento con cuya ayuda llegan los hombres al objeto de sus deseos, les llama la atención más que ninguna otra facultad. Cuando decimos á los hombres que se mejoren, el primer pensamiento que á ellos se presenta es que deben cultivar su inteligencia, adquirir conocimientos y talento. Por educación entienden los hombres, casi exclusivamente, la educacián intelectual. Para ella se hacen colegios y escuelas, y á ella se le saorifica la enseñanza moral y religiosa de la juventud. Respeto la inteligencia tanto como cualquiera; pero no la coloquemos nunca más arriba del principio moral. Está íntimamente unida con el fin supremo. Quien desee que su inteligencia aumente y que siempre sea sana y vigorosa, debe empezar por la educación moral. El estudio y la lectura no bastan para perfeccionar la razón; una cosa es necesaria sobre todas las demás, y es el desinterés, que es el alma

misma de la virtud. Para llegar á la virtud, que es el gran objeto de la inteligencia, es necesario buscarla con desinterés. Es la primera y la gran condición del progreso intelectual. Debo aceptar la verdad cualquiera sea para mí su consecuencia; debo seguirla sin importarme donde me conduzca, cualquiera sea el interés que ella c[illegible]íe, la persecución ó la pérdida á que me exponga, el part[illegible] que me separe ó el partido á que me alíe.

»Sin ese candor de espíritu, que es bajo otro nombre el amor desinteresado de la verdad, las grandes facultades naturales se pervierten, el genio se pierde y la luz que llevamos se cambia en tinieblas. Cuando esa virtud les falta, los más sutiles razonadores se engañan y engañan á los demás, quedando prendidos de los hilos de sus mismos sofismas. Es un hecho muy conocido en la historia de la ciencia y de la Filosofía que los hombres dotados por la Naturaleza de una inteligencia extraordinaria han esparcido los más groseros errores y que han procurado arruinar esas verdades primitivas que son la base de la virtud, de la dignidad y de la esperanza humana. Por otra parte, yo sé que algunos hombres que no han recibido de la Naturaleza más que un espíritu común, por amor de la verdad y por amor de sus semejantes, se han elevado poco á poco á una fuerza y á un desarrollo de pensamiento notable. Algunos predicadores y maestros, los más útiles, han debido la potencia que poseían para iluminar á los demás mucho menos á una superioridad natural que á la simplicidad, á la imparcialidad y al desinterés de sus espíritus; á la determinación de vivir y morir por la verdad. El que se eleva más arriba de sí mismo ve de lo alto la Naturaleza y la Providencia, la sociedad y la vida. El pensamiento se extiende como por una elasticidad natural cuando la presión del egoísmo se separa. Los principios morales y religiosos, generosamente cultivados, fertilizan la inteligencia. El deber fielmente cumplido abre el espíritu á la verdad: son los dos de la misma familia, igualmente inmutables, universales, eternos.

»Me he extendido sobre este asunto porque frecuentemente se olvida la unión que existe entre la cultura moral y la cultura intelectual, y porque se sacrifica la primera á la segunda. La exaltación del talento más allá de la virtud y de la religión es la maldición del siglo. La educación tiene ahora por objeto principal estimular el saber, y se adquiere así la potencia sin los principios que constituyen el bien. El talento es adorado; pero

si hay divorcio entre él y la virtud es un don del infierno y no del cielo.»

Las revistas. En el *Theosophit* se termina el interesante trabajo de N. K. Ransasami Aiya *La religión de la Ciencia,* y se inserta el estudio de A. P. Warrington *Un ensayo de teosofía y ocultismo.*

En *The Theosophical Review,* Mr. G. R. S. Mead prosigue sus concienzudos trabajos sobre *Filon,* y Annie Besant suscribe un artículo del más relevante interés sobre *Los ideales oriental y occidental de la vida.*

En la *Theosophischer Wegweizer,* de Leipzig, prosigue el estudio sobre la mística árabe, y se inserta un trabajo sobre la Rosa-cruce.

Las revistas teosóficas de Amsterdam, *Theosophia,* y la de Stockolmo, *Teosofisk Tidskrift,* prosiguen con creciente aliento y entusiasmo su obra, publicando meritísimos trabajos. Es muy notable el de Mr. J. Futers sobre *Las creencias populares acerca del alma,* que aparece en la primera de ellas.

Constancia, de Buenos Aires, termina la publicación de los extractos del discurso de D. Manuel B. Aguilera sobre *La evolución actual de la humanidad civilizada.*

RUG.

Notas, Recortes y Noticias.

Sobre la gravitación. Un escritor muy competente en ciencias físico matemáticas, que se oculta con el pseudónimo del *Doctor OX,* ha empezado á publicar en el *Heraldo de Madrid* una serie de artículos sobre la gravitación considerada como un enigma del Universo; un enigma hasta cierto punto, ya que promete resolver la hipótesis de la presión del éter como causa de la gravedad, por medio de otros que oportunamente ha de comunicar al público y que nosotros comunicaremos á nuestros lectores.

Afirmada la idea del movimiento del éter, el autor dice:

«Si el éter en movimiento rápido ejerce sobre la materia ponderable una presión que hemos logrado medir, ¿por qué el éter en reposo

no ejercería sobre esta materia cierta presión, aunque no hayamos logrado aún hacernos cargo de ella? Asimismo nuestros sentidos no pueden percibir la enorme presión que la atmósfera ejerce sobre nuestro cuerpo, el cual, sin embargo, podr[illegible] arribado por el empuje de una parte de la misma atmósfera, dota[illegible] movimiento bastante rápido para asumir las proporciones de u[illegible]acán.

La importancia de esta obra de vulgarización nos obliga indicarla someramente, reservándonos para mejor oportunidad el volver sobre este asunto, una vez que el autor haya realizado su trabajo.

Sobre los pactos. Muy curiosa ha resultado á lo que parece la reciente conferencia que Mr. Maxvell ha dado en el Instituto General de Psicología de *París* sobre los pactos.

Mr. Maxvell confesó no hallarse muy convencido de la realidad del asunto, pero refirió con buen número de casos, la mayor parte perfectamente documentados, y terminó diciendo que si personalmente no ha visto celebrarse ninguno *entre ningún hombre* y esos séres invisibles que transmiten condicionalmente sorprendentes poderes, eso no significa nada, porque no basta negar, es preciso indagar y comprobar *los hechos*.

La conclusión de la conferencia de Mr. Maxvell fué que el Instituto de Psicología debía interesarse por el asunto para depurar lo que hubiere en el mismo.

¿Es infecciosa la epilepsia? El Dr. Brá, examinando la sangre de los epilépticos, ha encontrado en un 70 por 100 un micro-organismo parecido al micrococo del cólera de las gallinas, al que atribuye la causa de la enfermedad.

El número de estos micro-organismos es muy variable, estando en relación con los *ataques y las condiciones* especiales de los individuos, no habiéndose jamás encontrado en el hombre sano.

Con sangre cogida en el momento de un ataque han hecho cultivos de agar, suero y patata, y en todos ellos han visto reproducirse el microbio, siendo los *caracteres* de estos cultivos los siguientes: en agar, una mancha blanquecina y muy tenue; en el caldo, otra también blanca y delgada, y en la patata, que es donde mejor se reproduce, aparece como un ligero rocío, casi imperceptible á la simple vista.

El mismo doctor, inyectando esos cultivos en los animales de su laboratorio, ha visto reproducirse en ellos ataques convulsivos semejantes á los de los epilépticos, y aun la muerte cuando la dosis es excesiva.

Ahora bien: ¿tendremos que admitir que existen dos epilepsias completamente distintas, una de orígen microbiano y otra de perturbaciones nurósicas congénitas?

Las experiencias y la clínica nos enseñan que los hijos de padres

decrépitos, ó que presentan gran diferencia de edades; que los de los alcohólicos, alienados, epilépticos, histéricos, paralíticos, etc., son los que más contingente dan á la epilepsia, así como las emociones morales, vivas ó estados débiles de los concepcionistas da lugar á ella en el producto de la concepción ó la consanguinidad de los ascendientes y, según algunos, la longevidad excepcional entre los antepasados, como si éstos hubiesen agotado la vitalidad de la raza.

Bueno es recordar también á este propósito los casos que se citan de adquisición de este mal á consecuencia—según parece en ciertos casos—de disgustos y sinsabores morales.

La ciencia antigua siempre creyó que se trataba de una enfermedad de la sangre y que podía probarse en el paciente por la mala voluntad.

Observaciones curiosas en el último eclipse.

Al día siguiente del eclipse total de sol que se verificó el 30 de Agosto pasado, los periódicos de Madrid, entre otros hechos de menor importancia, dieron cuenta del siguiente, que copiamos á la letra de un diario de gran circulación:

«En el Retiro, los muchos curiosos situados cerca del estanque, vieron con asombro formarse una tromba de agua de dos metros de altura que, después de correrse como unos veinte hacia el monumento de Alfonso XII, fué á estrellarse en una de las orillas, deshaciendo con gran estrépito un arco voltáico.»

También es interesante lo siguiente que refiere el Dr. D. Alberto Díaz de la Quintana:

«La casualidad me ha favorecido para observar lo siguiente:

»Eran las doce cuando terminaba de hacer una aplicación radioterápica; salió el enfermo, y en tanto que desmontaba el dispositivo de rayos X, me ocurrió observar el eclipse con una cámara radioscópica; me pareció que la pantalla fluorescente tenía actividad, y esperé el momento de la cercana totalidad del eclipse para repetir el experimento: la pantalla entonces presentó idénticos efectos que si la hubiera colocado ante una ampolla bianódica; los rayos que la influenciaban eran semejantes á los de Roëntgen, pudiendo verse mi mano al igual que si la hubiera expuesto en mi instalación radioscópica.

»En uno de los balcones de mi casa hay dos tiestos de rosales; á la luz del eclipse las hojas se dibujaban en la pared, en igual forma que se detallan los objetos en las pantallas fluorescentes, es decir, que no se reducía la imagen á los contornos; la luz del eclipse atravesaba las hojas en todos los espacios interfibrilares, no haciéndolo en el esqueleto de las dichas hojas, resultando así un efecto igual al que se obtiene en las repetidas pantallas fluorescentes con los rayos X. Luego he sabido que este hecho ha sido también observado por muchas personas.

»La coloración de la luz que surgió durante el eclipse ha sido semejante á la de los rayos X, y como se ve, sus efectos fluorescentes idénticos.

»Durante el lapso de tiempo que duraron mis observaciones conjeturé que la luna semejaba una ampolla bianódica, recibiendo los rayos eléctricos de la luz solar y originando éstos los rayos X, cuyo influjo se dejaba notar sobre la tierra en su faja elipsoide.

»Más tarde, instalada nuevamente en función mi instalación roentgeniana, la comparé con cuanto acababa de observar, y dando á la ampolla los movimientos de rotación á la manera que los verifica la luna, creí poder imitar las distintas fases lunares con propiedad bastante á establecer, como supuesto no desprovisto de razón, que la luna pudiera ser una esfera transparente en cuyo interior existiera un grande segmento iluminado por los rayos X, á virtud de los rayos eléctricos del sol, explicando esta clase de radiación los fenómenos patológicos observados en algunas regiones de nuestro planeta, donde la influencia de la luna es origen de enfermedades.

»Durante el pasado eclipse he sabido que muchas personas han sido influenciadas en su daño, y algunos de mis enfermos se han sentido empeorados; á este respecto recuerdo que en un eclipse total de sol, observado en alta mar viniendo á bordo de un trasatlántico, de viaje de Buenos Aires, la mayoría de los pasajeros nos sentimos enfermos, en tanto que todo tomó el tinte cadavérico verdoso del rayo X; un viento glacial y aciclonado nos embatía; el mar, antes rizado, se transformó en aspecto de trombas múltiples, y un silencio pavoroso, sepulcral, nos sorprendió durante aquellos minutos de tenebrosa angustia.

»Entiendo que pueden ser útiles estas noticias y que deben estudiarse con detenimiento en la primera ocasión (1912, en Francia). Si tengo vida, yo me propongo hacerlo; pero no como ahora, entregado á la casualidad: premeditadamente y con la mayor suma de precauciones posible.»

Necrológica. Según vemos en nuestro colega *Dharma*, de Caracas (Venezuela), la Rama teosófica de aquella capital ha sufrido la pérdida del hermano D. José Antonio Calcaño Sanabria, uno de los hermanos más inteligentes de aquella República, fallecido recientemente.

Los que han conocido su bondad deben saber que ésta perdura y que ha sido su obra eterna.

La sección italiana. La sección de la *Sociedad Teosófica Italiana*, que tenía su domicilio antes en Roma, en Corso Humberto I, número 380, se ha instalado nuevamente en la *Via Campo Marzio, núm. 48,* de la misma capital.

Liga hispano-americana de instrucción popular y propaganda comercial.

La Comisión Ejecutiva nombrada por D. José Echegaray, Presidente de la Liga, se ha reunido bajo la presidencia de D. Mario Méndez Bejarano en el domicilio social, Valenzuela, 3, Madrid.

Entre los importantes acuerdos que se adoptaron para dar gran impulso á los trabajos de tan patriótica y transcendental institución, se aprobó la convocatoria á un Certamen Internacional en los países donde se habla como idioma nacional el español para premiar el mejor proyecto de *plan didáctico* á que se han de ajustar en la elección de textos para formar las nutridísimas colecciones de libros que constituirán las bibliotecas populares de la Liga.

Se establecen varios premios: uno de *dos mil* pesetas en metálico para el mejor plan general de las bibliotecas, y premios de á *mil* pesetas para cada uno de los planos parciales, ó sea uno para cada sección de las varias en que se han de dividir las bibliotecas públicas de la Liga.

Oportunamente se publicarán las condiciones concretas del concurso.

R.

LA ORACIÓN BREVE SUBE AL CIELO

JOYAS ESPAÑOLAS

ESTE refrán propiamente nació en Salamanca entre estudiantes, que pocas veces bendicen la mesa con oración larga, sino con *Lloc et p'us*. Que dice: Esto y lo demás bendiga, etc. Y luego añaden las otras, excusando la brevedad de la oración y la gana de comer: *Oratio brevis penetrat cœlos*. La breve oración penetra los cielos, y hácelo, que la hambre no sufre dilación, como dijimos arriba. *Domine*, tomo. *Benedicte* y como. Si ha de ser breve la oración ó no, San Juan Crisóstomo hizo de *Orando Deo* dos razonamientos á donde se puede ver lo que ha de ser. Una oración harto breve hallamos en el Sagrado Evangelio, que recabó de N. S. Jesucristo luego, que fué la del leproso. *Domine si vis, potes me mundare*. Señor, si quieres, puédesme limpiar. Breve, provechosa y humilde oración fué ésta, con que alcanzó aquella dulce palabra de Dios. Quiero. Se limpió con la obra tan eficaz. Hallamos otra breve oración que el mismo Señor enseñó á sus discípulos, que la enseñó á orar, diciendo: Padre nuestro, que estás en los cielos. Oración breve entiendo yo la que recaba y alcanza lo que demanda, y no la que es de dos palabras, lo cual conforma con el adagio latino: *Sat cito, si fat bone*. Asaz viene presto lo que se hace cumplidamente bien.

(Ivan de Mal Lava. *La filosofía vulgar*, 1621).

BIBLIOGRAFÍA

E. Ferrière.—*Errores científicos de la Biblia.—Los mitos de la Biblia.* (Biblioteca Científico-filosófica). Daniel Jorro, editor. Madrid, Paz, 23.

Son estas dos obras de Mr. Ferrière dos hermosos modelos de popularización, llevados á feliz término, y dos buenos ejemplos que seguir. El arte de hacer estas cosas parece vinculado únicamente á los franceses, á quienes por fuerza hemos de considerar como los grandes intermediarios y medianeros del mundo.

El tema que se expone y desarrolla en estas dos obras está tratado con verdadera serenidad, y contra lo que ocurre con demasiada frecuencia cuando se habla ó escribe sobre asuntos religiosos, con gran cortesía y tolerancia.

El primero de estos volúmenes, consagrado á patentizar sin encono y sin ira los errores científicos que se consignan en la Biblia, si han de tomarse sus páginas al pie de la letra y como últimas y definitivas enseñanzas, según acordó el Concilio de Trento (1546) en su célebre sesión del día 8 de Abril, es un libro de positiva enseñanza, aunque en él se prescinda en absoluto del esoterismo que contiene toda la revelación judáica.

Las conquistas que han obtenido los conocimientos humanos en los diversos ramos del saber, cosmogonía, astronomía, meteorología, zoologia, botánica, geología, física y fisiología, es natural por lo demás que no se hallen consignados en el Pentateuco ni en los profetas. El fin de la gran enciclopedia hebráica tampoco fué ese. Sospechar lo contrario constituye precisamente el amor de la intolerante Iglesia romana, que al mismo tiempo que decidía sobre una mira tan reducida y estrecha, tenía que sufrir la rectificación luterana, que de día en día va elevando el concepto divino, subiendo al verdadero Dios á su cielo.

En el segundo volumen, que es una obra aparte, Mr. Ferrière, estableciendo una teoría del mito y de su evolución—teoría discutible por mil conceptos—, analiza los principales que á su juicio contiene el Antiguo Testamento, y despliega para ello las más finas y perspicaces sutilezas de su ingenio, siempre auxiliado por los datos positivos del saber contemporáneo.

Estas obras, indispensables seguramente para todo estudio superior de las religiones comparadas, satisfacen además más y mejor que la célebre de David Federico Strauss *La antigua y la nueva fe*, donde un volterianismo chocarrero, enojosamente sostenido en todas sus páginas, más produce

una desolación en el ánimo que la construcción espiritual y edificación del lector que debe proponerse todo estudio.

Mr. Ferrière para su empeño trabaja también sobre los mejores materiales, y sus obras pueden en cierto modo considerarse como un resumen de todas las grandes obras publicadas hasta hace unos quince años sobre el asunto y que no son accesibles al gran público por la cantidad y el precio que representan, como las del meritísimo Reuss y las del propio Renan, cuyas obras, mutiladas y bárbaramente traducidas, nos están sirviendo los desacreditados tórtulos de Levante.

Rafael URBANO

History of the Musaeus school.—Colombo (Ceylan).

En las breves páginas de esta Memoria se da una historia detallada de la gran obra de fraternidad y cultura que ha realizado la señora Marie Musaeus Higgins, y á la que ha consagrado catorce años con el mejor éxito y la mayor abnegación:

La señora Musaeus, sin recursos, sin conocer siquiera el idioma de las muchachas á quien se proponía enseñar, por el esfuerzo que le comunicara para su empresa el grandioso propósito de la misma, ha realizado el gran milagro de fundar uno de los mejores colegios que existen en Ceylan para la enseñanza de jóvenes buddhistas.

La elevación moral con que se educa á las muchachas ha producido todo mayor número de alumnas y mejoras considerables en el local, que sería un lujo extraordinario para algunos colegios de Europa.

R.

Hemos recibido un ejemplar de la obra de D. Felipe Senillora *Texto de enseñanza dominical y de lectura para las escuelas espiritistas.* Esta obra lleva un hermoso prólogo de la insigne escritora D.ª Amalia Domingo y Soler.

También nos han sido remitidos por sus autores ó editores las obras:

Manual del obrero de la gran obra, por Virgilio.

Y los interesantes folletos de Isaltino Costa, de San Pablo del Brasil, *Medicina hermética* y *Espíritu é Materia.* Este último es una recopilación de algunos artículos polémicos, muy notables, que vieron la luz en la prensa de la localidad mencionada.

V. G.

Artes Gráficas, J. Palacios, Arenal, 27.